

las manos, lo mismo que miss Florencia, y yo no puedo responderles á ustedes más que por lo que de ellos resulta... ¿Les divierte á ustedes esto? Pues bien —añadió á un signo afirmativo de las dos mujeres, con el aire serio y falso á la vez que le era propio—; ella tiene en la mano una línea roja, indicio de violenta pasión, con señales que indican la fuerza de ésta á los treinta años, la edad que ahora tiene. Entre paréntesis, ¿no les he dicho á ustedes nunca que tiene también sobre el monte de Júpiter una estrella de la que una de las ramas forma una cruz?

—¿Y eso qué significa?—interrogó la americana con ese interés que las personas del más materialista de los países muestran por todo lo sobrenatural ó *espiritualista*, como de ellos dicen.

—Significa matrimonio con un príncipe—respondió el meridional.

Hubo una pausa, durante la cual Corancey continuó mirando con gran atención á Pedro Hautefeuille. Después, como persona que se ve acometida de repentina idea, dijo:

—Marquesa..., ese testigo que buscábamos para la ceremonia de Génova, ¿no podría ser él?... ¡Antójeseme que esto nos traería la dicha!

—Es verdad—respondió la señora de Bonnacorsi—. Gusta ver esas caras en ciertas horas... ¿Pero acaso es prudente?...

—Si se le propongo á usted es que estoy seguro de su discreción. Somos amigos de la juventud. Hautefeuille tiene un corazón de oro. Siempre será preferible á un testigo pagado, que puede hacernos traición.

—¿Aceptará?—preguntó la Marquesa.

—Mañana, antes de abandonar á Cannes, lo sabré, puesto que no se opone usted á mi idea. Solamente se me ocurre otra. ¿No sería mejor que él fuese en el yate?...

—¿Cómo y dónde presentarle á mi tío?—dijo miss Marsh.

—Esta misma noche, y en el tren que nos llevará á todos á Cannes. Voy á reunirme con Hautefeuille, y no le dejaré hasta el vagón. ¡Ea!—añadió levantándose—. Ya hemos hablado bastante; y cuando las paredes no tienen oídos tienen ojos, amiga mía—suspiró, tomando la mano de la señora Bonnacorsi, que también se había levantado, y estrechándosela con apasionado arranque—, no hablaré más con usted hasta el gran día. Una sola palabra para vivir hasta entonces...

—¡Que Dios te guarde, *anima mia!*—dijo la señora Bonnacorsi con voz grave, en la que se revelaba toda la pasión que Corancey había sabido despertar en ella.

—Está escrito aquí—respondió alegremente Corancey, mostrando su mano—. ¡Y aquí!—añadió llevándosela al corazón.

Después, dirigiéndose á miss Marsh, dijo:

—Miss Florencia, cuando tenga usted necesidad de que alguno se arroje al fuego por usted, diga una palabra y corro *right away*.

Y mientras miss Marsh sonreía ante aquel inocente epigrama, sobre uno de los idiotismos de la lengua *yankee*, y la Marquesa le seguía con esa mirada de la mujer amante, cuyo corazón se va tras el hom-

bre amado, el provenzal se aproximó á su antiguo camarada con tanta gracia en sus ademanes y paso tan dulce y ligero, que la americana no pudo menos de notarlo. Las hijas de esta raza enérgica, en las que el ejercicio ocupa un tan principal lugar, y que han pasado muchas horas al aire libre en una familiaridad atlética con jóvenes jugadores de *tennis* ó de *golf*, son ingenua é inocentemente sensibles á esa belleza animal del hombre.

—¡Qué hermoso es tu Corancey!—dijo á la Marquesa—. ¡Y qué alegría, qué entusiasmo demuestra! Te confieso que es el francés que yo me había forjado en Marionville cuando leía las novelas de Dumas. ¡Qué dichosa serás con él!

—¡Muy dichosa!—dijo la italiana, que añadió con la angustia de un funesto presentimiento—. ¡Pero no lo querrá Dios!...

—Dios permite todo lo que se quiere si se quiere con afán y es justo—interrumpió miss Florencia.

—¡No!—replicó la otra—. He mentido á Alvise. Seré castigada por ello.

—Si así lo crees, ¿por qué no hablas del caso á tu hermano? ¿Quieres que yo me encargue de ello? Cinco minutos de conversación y no tendrás mentira alguna sobre tu conciencia. Tú estás en tu derecho al casarte... El dinero es tuyo... ¿De qué tienes miedo?

—¡No conoces á Alvise!—dijo la señora de Bonnacorsi, cuyo rostro expresó un verdadero terror—. ¿Y si le provoca á un duelo y me le mata? En fin, hagamos lo convenido, y que la Virgen nos proteja.

Cerró los ojos por un segundo, dejando escapar

un suspiro. Florencia Marsh la miraba con el estupor que le causaba siempre á ella, la anglosajona, acostumbraba á todas las independencias, el magnetismo de temor en que Navajero envolvía á su hermana. A esta última llevábale su imaginación muy lejos del salón de juego y de su confidente. Vea la capilla de Nuestra Señora de los Pinos, en Cannes, en la que todos los días, desde hacía muchos meses, se decía una misa que ella encargaba con el objeto de que su mentira para con Alvise le fuera perdonada, y el altar ante el que había obligado á Corancey á arrodillarse junto á ella para hacer el voto de ir juntos á Loreto tan pronto como se hiciera público su matrimonio. El provenzal creía en la Madonna poco más ó menos como creía en las líneas de la mano, con ese medio escepticismo y esa medio fe de que sólo son capaces los naturales del Mediodía, tan infantiles y tan complicados á la vez, tan sencillos y sinceros y siempre supersticiosos en sus cálculos más precisos. En los escrúpulos de la señora de Bonnacorsi había visto el provenzal la más segura garantía del buen resultado de sus planes, pues una vez presa una mujer de su condición, en la que se unían la pasión y el misticismo, llegaría por ley fatal al matrimonio. Por otra parte, la ceremonia efectuada en la capilla de Cannes le aseguraría contra aquel hermano, cuya vigilancia había él sabido adormecer, pero al que consideraba capaz de todo para impedir que su hermana entregase á otro su fortuna. No se asombraba, por tanto, como miss Marsh del terror de su prometida. ¿Pero qué podría todo el furor de Alvise contra una unión efectuada en debida forma, ante un verdadero sacer-

dote, y á la que no faltaría más que la ceremonia civil, que para mujer tan religiosa como la Marquesa importaba poco? No obstante, fiel al antiguo refrán de que hombre prevenido vale por dos, Corancey deseaba que á aquel matrimonio asistiesen personas de su mundo. ¿Cómo no había pensado antes en su antiguo compañero del colegio de Luis el Grande, encontrado aquel invierno en Cannes, hombre tan cándido y sencillo como en la época en que se sentaban juntos en los bancos de la clase de Retórica, él como interno y Pedro Hautefeuille como externo de San Andrés, la fundación reciente entonces del célebre abate Taconet? Corancey había reconocido, al primer apretón de manos que cambiaron al encontrarse, toda la franca sencillez de su compañero de adolescencia. Habíala reconocido también en el inocente arranque de Hautefeuille hacia la baronesa Ely de Carlsberg, pasión que acababa de revelar á sus dos amigas. Pero lo que no les había dicho á éstas era su creencia de que la señora de Carlsberg estaba también enamorada del joven. En aquella ocasión, no obstante, hubiera podido alabarse de su perspicacia, que había sido grande en este punto, como en otros muchos. Pero, por perspicaz que fuera, no sospechaba el meridional que, aprovechándose de su descubrimiento para el mejor servicio de sus propios intereses, iba á hacer, de la ópera bufa que significaba su matrimonio, un episodio dramático. Al hablar de sí mismo y de su famosa línea de suerte, decía siempre: «No me sucederá nada que no sea alegre.» Parece, en efecto, que en la vida hay dos clases de seres completamente distintos, y su coexistencia constante

prueba la legitimidad de los dos puntos de vista en que se han colocado, desde que el mundo es mundo, todos los pintores de la naturaleza humana: la comedia y la tragedia. Todo hombre pertenece á una ú otra de estas dos esferas, siendo raro el que se mezclen en uno los dos elementos. Para unos, y á este grupo pertenecía Corancey, las más románticas aventuras acaban en sainete; para otros, y de éstos era Hautefeuille, las aventuras más sencillas terminan en drama. Si los primeros aman, jamás la mujer querida les causa daño. Para ellos la sonrisa está cerca de las lágrimas. Los otros están destinados á las emociones poderosas, á las complicaciones crueles, y todos sus idilios resultan trágicos... Y realmente, viendo á los dos jóvenes juntos en el momento en que Corancey puso la mano sobre el hombro de Hautefeuille para arrancarle á su meditación, notábase la antítesis, aparecían de un modo evidente el personaje de la comedia y el héroe de la tragedia. Uno, robusto y alegre, los ojos brillantes, los labios sensuales, seguro de sí mismo y como proyectando un efluvio de buen humor; el otro, delgado y débil, la mirada cargada de ideas, presto á sufrir el contacto de la vida y ocultando apenas la contrariedad que experimentaba al ser distraído en sus sueños. Contrariedad que pasó pronto. Al ver á Corancey que le apretaba cariñosamente la mano, pensó que tal vez su antiguo camarada podría darle noticias de aquella baronesa Ely de Carlsberg, á la que, en efecto, había buscado vanamente en Monte-Carlo.

El meridional empezó así:

—¡Vaya! ¿Está bien que hayas venido aquí sin avi-

sarme? Hubieras comido tranquilamente conmigo. Lo he hecho en la mesa más agradable de Monte-Carlo. Calcula... La señora de Carlsberg, la de Chesy, la señorita Marsh, la señora de Bonnacorsi. ¿Las conoces á todas? ¿Verdad? No te hubieras aburrido...

—A las cinco ignoraba que tomaría el tren de las seis—dijo Hautefeuille.

—¡Vamos!—dijo Corancey—. Ya caigo. Está uno tranquilamente en Cannes. De pronto se oyen voces de «no va más», «hagan juego», y los billetes de banco empiezan á agitarse en la cartera y los luses en el bolsillo... y se llega al tapete verde sin darse cuenta... ¿Has ganado al menos?...

—No juego nunca—respondió Pedro.

—Ya lo harás...; pero dime, ¿vienes aquí á menudo?

—Es la primera vez que lo hago.

—¡Y has pasado todo el invierno en Cannes! Paréceme que oigo todavía á Du Prat cuando te llamaba la señorita Petrilla... Eres demasiado juicioso; demasiado niño... Cuidado con el desquite... Y ya que te he hablado de Du Prat, ¿has tenido noticias tuyas?

—Continúa en el Nilo con su mujer... en disposición para volver al Cairo. Insiste en que vaya á reunirme con ellos...

—¿Y no has querido ir á acabar con ellos su viaje de boda? Esto es todavía más sabio que no jugar. He ahí las consecuencias de no hacer el viaje de novios por esta costa, como todo el mundo. Se llega uno á fastidiar de su mujer.

—Pues yo te afirmo que Olivier es muy feliz—respondió Pedro, con una vivacidad que atestiguaba

cuánto quería á la persona de quien Corancey acababa de hablar tan ligeramente.

Después, á fin de evitar sin duda nuevos comentarios sobre su amigo ausente, dijo:

—Y, francamente, ¿encuentras tú tan divertida esta sociedad?—Y mostró con un gesto la turba de jugadores agrupados en torno de las mesas.—De Niza á San Remo está el paraíso de los caballeros de industria. Es lo común, lo brutal, lo abominable sencillamente, una naturaleza maravillosa deshonrada por los hombres. Eso es esta costa. Francamente, Olivier ha tenido razón al preferir el desierto. ¿Vale la pena abandonar á París para venir aquí en busca de la caricatura?

—Esa es una opinión de parisiense—dijo el provenzal, que guardaba un fondo de rencor por la gran ciudad desde su descalabro final en el más sollicitado de los Clubs.

Y avivó este rencor añadiendo:

—¡Caballeros de industria! Cuando habéis preferido este anatema todo está dicho, y á fuerza de pronunciarle no sospecháis que los parisienses estáis en camino de llegar á ser los provincianos de Europa. ¿Que hay aventureros aquí? ¿Quién lo niega? ¡Pero también hay grandes señores! Y estos grandes señores, ¿son acaso parisienses? No; son ingleses, rusos, americanos, italianos que tienen tanta elegancia, tanto talento como vosotros; y un carácter bajo esta elegancia, lo que vosotros no habéis nunca tenido; y alegría, lo que ya no tenéis. ¡Y las extranjeras! ¡Si habláramos un poco de las extranjeras, y si las com-

parásemos con esa muñeca sin corazón ni sentido, con esa vanidad enfermiza de la parisiense!

—En primer lugar, yo no soy parisiense—interrumpió Hautefeuille—, sino provinciano; y, además, concédote la verdad de la segunda parte de tu paradoja; es decir, que algunas de las mujeres á que te refieres son asombrosas por su finura, por su talento, por su encanto... No obstante—añadió, moviendo la cabeza—; ese encanto, ¿podrá compararse nunca, no con el de la parisiense, te lo concedo, sino con el de la verdadera francesa, que posee tanto juicio en su gracia, tanto tacto en su inteligencia, esa poesía del gusto perfecto?

Había pensado en alta voz, sin cuidarse de la vaga sonrisa que cruzaba por los espirituales labios de su interlocutor. No era Corancey hombre que se enfriara en una discusión, de la que se preocupaba tanto como de los Faraones, cuyas tumbas servían de decoración á la luna de miel del antiguo camarada del que había hablado por saber que era el más tierno amigo de Pedro, y dar de este modo un carácter de intimidad á su conversación. La frase que el último había pronunciado sobre las extranjeras, probándole una vez más cuan bien había diagnosticado, creyéndole preso en el amor de la señora Carlsberg, le trajo á la realidad de su proyecto. En aquel instante los dos amigos se encontraban ante la mesa del treinta y cuarenta, á la que estaba sentada una de las personas más estrechamente ligadas á la ejecución del referido proyecto, el propio tío de miss Marsh, uno de los más célebres *magnats* de los caminos de hierro de América, Richard Carlyle Marsh, ó, más fami-

liarmente, Dickie Marsh, el que debía, en el día fijado y sin saber nada de ello, ser cómplice con su yate en el viaje matrimonial de la marquesa de Bonnacorsi. En su compañía, Corancey debía de volver á Cannes con su amigo, y deseaba, en primer lugar, presentar este último al potentado, á fin de facilitar sus relaciones de viaje.

—Te aseguro—dijo—que esta colonia extranjera cuenta gran número de hombres tan interesantes como sus mujeres... En esa mesa de juego veo á uno, al que te haré conocer. Hemos encontrado á su sobrina el otro día en casa de la Baronesa. Es Marsh, el americano. Desearía que le vieras jugar. Bien... Uno se levanta... No me dejes... Vamos á aprovecharnos de la confusión para colocarnos en primera fila.

Y el diestro meridional encontró el medio de acercarse con su amigo, de forma que en pocos instantes estuvieron ambos colocados tras de la silla del *croupier*, dominando la mesa y los menores gestos de los jugadores.

—Observa bien—dijo de nuevo Corancey en voz baja—. He ahí á Marsh.

—¿Ese hombrecillo de cabellos grises, que tiene delante un rimero de billetes de Banco?

—Ese. No tiene cincuenta años, y posee diez millones de dólares. A los diez y ocho años era conductor del tranvía de Cleveland, en el Ohío. Tal como le ves, ha fundado una ciudad que hoy cuenta cincuenta mil habitantes; y á la que ha bautizado con el nombre de su mujer, Marionville. Con sus puños se ha labrado esta fortuna, puesto que se cuenta que él mismo ha colocado, con auxilio de un puñado de tra-

bajadores, los railes en los primeros kilómetros de su Compañía, que ahora son más de tres mil. Estudia sus manos. Mira cómo se destacan sobre el tapete verde. Repara en los nudos de sus dedos, que indican reflexión, juicio, cálculo. Las yemas de los dedos algo espatuladas, lo que significa la tiranía de la acción, el afán del movimiento y la tendencia á las ideas lúgubres. Te contaré su viudez. ¿Ves su dedo pulgar con sus dos falanges grandes é iguales? Ahí están la voluntad y la lógica reunidas. Se inclina hacia atrás: esto indica la prodigalidad. Marsh ha dado cien mil dólares á la Universidad de Marionville. Y ¿ves sus gestos? ¡Qué decisión, qué calma en el juego! ¿No es un hombre?

—Es, sobre todo, un hombre que tiene mucho dinero—dijo Hautefeuille, á quien la convicción de su amigo divertía—, y que le da lo mismo ganar que perder.

—¿Acaso no tiene tambien mucho dinero el que está colocado dos sitios más allá de Marsh? Ese personaje de cara siniestra es Brión, el banquero director de la Banca general. ¿No le has encontrado en casa de la señora de Carlsberg? Su mujer es la íntima amiga de la baronesa Ely. Aunque posea muchos millones, repara en sus manos nerviosas y ávidas. Observa que tiene el pulgar redondo, señal de crimen. ¡Si no es un ladrón, poco le faltará! ¿Y su manera de coger los billetes? Mira á su lado al imbécil de Chesy, con sus dedos lisos y puntiagudos, los de en medio iguales. Este es el signo infalible del jugador que debe arruinarse, sobre todo si no tiene más lógica que la que anuncia el pulgar. ¡Y se cree mali-

cioso! Hace negocios con Brión, quien hace la corte á la señora de Chesy... ¿Ves el fin inevitable?

—¿Esa linda señora de Chesy y ese abominable Brión? ¡Es imposible!

—No he dicho que sea así, sino que, dada la imbecilidad del marido y su afán por el juego aquí y en la Bolsa, eso sucederá algún día. Vamos: ¿comprendes que este sitio no es tan banal cuando se quiere abrir los ojos para observar? Confesarás que de los dos parisienses y del caballero de industria que acabamos de ver, el más interesante es el último.

Los dos jóvenes habían abandonado su punto de observación mientras Corancey pronunciaba la última frase. Ahora arrastraba á su compañero hacia las salas de ruleta, diciendo estas palabras, que hicieron estremecer á Hautefeuille de los pies á la cabeza:

—Si no te importa, vamos en busca de la señora de Carlsberg, á la que he dejado en una de estas mesas y de la que quería despedirme. Calcula tú que detesta que sus amigos asistan á su juego. Pero ya debe de haber perdido todo su dinero y se habrá levantado hace tiempo.

—¿Es que juega mucho y á menudo?—preguntó Hautefeuille, que ya tenía pocos deseos de abandonar á su amigo.

—Como lo hace todo, por capricho y por aburrimiento, y su matrimonio justifica tal conducta. ¿Conoces al Príncipe? ¿No? Pero sabes sus costumbres. ¿Vale la pena de pertenecer á la casa de Habsbourg-Lorraine, llamarse el archiduque Henri-François y tener una mujer como ésta, para profesar opiniones anarquistas y pasar diez y seis horas de las veinticu-

tro del día en su laboratorio de física, quemándose la barba, las manos y los ojos sobre los hornillos, y recibir á los amigos de la Baronesa... como él los recibe?...

—Entonces—dijo Hautefeuille, cuyo brazo sintió su amigo estremecerse mientras hacía esta inocente pregunta—, ¿piensas que no es feliz?

—No tienes más que mirarla para comprenderlo—respondió Corancey, que acababa de alzarse sobre la punta de los pies y de reconocer á la señora de Carlsberg.

Aquella era la única mesa á la que Pedro no se había aproximado al examinar las salas, por el gran número de personas que en torno de ella se agolpaba. Con un signo indicó á su compañero que su corta estatura no le permitía ver nada por encima de aquel montón de cabezas. Corancey empezó á deslizarse, precediendo á su amigo, al través de aquel muro viviente de espectadores de uno y otro sexo, cuya curiosidad estaba evidentemente sobreexcitada en el más alto grado. Cuando después de muchos esfuerzos consiguieron ocupar el primer sitio tras el *croupier*, los dos jóvenes comprendieron la razón de aquel agolpamiento de gente. Jugábase una de esas extraordinarias partidas que se hacen legendarias en la costa y en toda Europa y en las dos Américas, y Hautefeuille sintió como un choque en su corazón al notar que la heroína de aquella partida era precisamente la baronesa Ely, cuyo nombre se repetía en el fondo de su alma con una dulzura musical. Sí: la que excitaba la pública curiosidad era la señora de Carlsberg, que desplegaba en el capricho de su extrava-

gante juego la gracia poderosa y dulce que había inspirado al joven aquel sentimiento de apasionada idolatría que le consumía. ¡Ah! ¡Qué altiva y qué hermosa estaba en aquel instante! Su delgado busto, la única parte de su cuerpo que él podía ver, estaba preso en un corpiño de seda color violeta, recubierto de muselina negra, con mangas de lo mismo, que parecían temblar á cada uno de sus movimientos. Una hilera de perlas del Danubio, enormes y rodeadas de brillantes, abotonaban el corpiño, sobre el que se veía una larga cadena de oro, delgada y sembrada de piedras preciosas, que sujetaba el reloj. Cubría su cabeza con un sombrero pequeño, compuesto de dos alas, con lentejuelas de azabache violeta y de plata. Este tocado de moda sobre sus negros cabellos, peinados sencillamente en dos espesas bandas, y lo recargado de su traje, contrastaban con la expresión de su rostro tanto como la ocupación que la absorbía en aquel momento. Era uno de esos rostros de mujer tan raros en nuestras viejas civilizaciones, en los que está impresa la *gran belleza*, esa que resistirá á la edad, pues reside en las porciones esenciales de los rasgos, en la forma de la cabeza, en el corte de la frente, en la construcción de las mandíbulas, en el círculo de los párpados. Para los que sabían que por sus venas corría algo de sangre griega, la nobleza clásica de su rostro se explicaba en seguida. Su padre, el general Sallach, siendo Ayudante de Campo del Comandante militar de Zara, se había casado por amor con una montenegrina, hija de una mujer de Salónica, y esta herencia veíase en aquel rostro magnífico y fino á la vez, al que una blancura mate y cá-

lida acababa de dar como un vago reflejo oriental. Unicamente los ojos no tenían ese resplandor feliz ó apasionado de los ojos del Oriente. Eran de matiz indeciso, oscuros, con algo de indescriptible en la pupila, como si una pena íntima obscureciese constantemente la mirada. Leíase en ésta un disgusto tan irremediable, que, una vez vista dicha expresión, sentíase la necesidad de compadecer á aquella mujer y de obedecer sus menores deseos para que de aquel admirable rostro desapareciese aquella mirada, aunque no fuese más que por un segundo. Pero, sin duda, la expresión dicha era uno de esos efectos puramente fisonómicos, que ninguna relación guardan con el espíritu, pues aquellos ojos tenían la misma expresión singular hasta en el momento en que la baronesa Ely se entregaba á la fantasía loca de su juego. Desde que Corancey se había separado de ella debía de haber ganado sumas enormes, pues un fajo de billetes de Banco de mil francos—tal vez cincuenta—se veía ante ella, y gran número de piezas de veinticinco francos colocadas en columnas. Sus enguantados dedos, armados de una pequeña raqueta, maniobraban con una graciosa destreza. Lo que excitaba la fiebre de curiosidad por sus jugadas era que arriesgaba en cada golpe el máximo de la puesta: nueve napoleones al pleno en un solo número, el de su edad, treinta y uno; un número igual de napoleones á los cuadros y seis mil francos al negro. Las alternativas de sus pérdidas y ganancias eran tan fuertes y soportábalas ella con tan notoria impasibilidad, que había naturalmente llegado á ser el centro de la partida, y en torno suyo hacíanse mil comentarios

que la Baronesa no oía, como no se interesaba por las idas y venidas de la bola en el cerco de la ruleta.

—Le aseguro á usted que es una archiduquesa—decía uno.

—Es una princesa rusa—afirmaba otro—. Sólo una rusa se atreve á jugar de esa suerte.

—Su número ha salido tres veces en pleno ahora mismo. Que salga otra vez, y salta la Banca.

—No puede ganar; lo que la salva es el color.

—Yo creo en su suerte. Juego á su número.

—Yo juego en contra. Ahora está en desgracia.

—Las manos—decía Corancey al oído de Hautefeuille—; mira sus manos: hasta bajo los guantes se ve que son manos de gran dama y de mujer romántica. Mira las de al lado, las idas y venidas de esas garras ávidas y nerviosas. Todos esos dedos resultan plebeyos después de haber mirado los suyos... Pero me parece que la traemos la mala... Rojo y siete. ¡Ha perdido! Rojo y diez... ¡Otra vez ¡pierde...! ¡Oh!... Todavía... ¡Pierde más de veinticinco mil francos! Si no fuera vulgar la frase aplicada á una mujer tan linda, yo diría: ¡Qué estómago!... Continúa jugando.

Así era, en efecto. La joven continuaba arriesgando su dinero al mismo número, á igual cuadro y á idéntico color, y ahora parecía que no había de ganar nunca. Después de algunos golpes, las filas de monedas de veinticinco francos habían desaparecido, y seis á seis, los billetes fueron á aumentar el montón que el *croupier* tenía delante. Apenas había transcurrido un cuarto de hora desde que Corancey y Hautefeuille comenzaron á seguir el curso de aquella partida, y la baronesa Ely no tenía delante más que una

bolsita de oro vacía y una petaca de trabajo ruso, de oro, incrustada en zafiros, rubíes y diamantes. Tomó la joven la petaca en su mano, mientras un golpe nuevo de ruleta hacía volver á salir el rojo por undécima vez. De repente, con la misma indiferencia que antes, volvióse á su vecino, un hombre grueso, de unos cincuenta años, con anteojos, que había abandonado un libro de cálculos del que primero se había servido para jugar contra ella. Tenía ante sí un montón de oro y de billetes:

— Caballero — le dijo tendiéndole la petaca —, ¿quiere usted darme veinticinco luises por esta caja?

Había hablado bastante alto para que Corancey y Hautefeuille, entonces junto á ella, la oyesen pronunciar aquella frase tan inesperada.

— Debíamos pedirle que admitiese que la prestáramos ese dinero — dijo Pedro.

— No te lo aconsejo — respondió el otro —, La baronesa es muy archiduquesa cuando quiere, y me parece que recibiría mal nuestra oferta. Además, ya habrá un usurero que compre la alhaja en ese precio si el de los anteojos no acepta. La responde en alemán, no la comprende... ¡Calle...! ¿Qué te decía yo?

Como para justificar las pretensiones de profeta de Corancey, en el momento mismo en que la señora de Carlsberg repetía en alemán la pregunta á su vecino, la silueta de un mercader de alhajas había hendido la multitud; una mano había tendido el billete de quinientos francos pedido, y la petaca de oro desapareció, sin que la gran señora se dignase ni siquiera mirar al personaje, uno de esos innumera-

bles prestamistas que hacen en torno de las mesas de juego una usura vanamente perseguida. La baronesa tomó el billete sin desplegarle. Esperó á que el rojo se diese dos veces más; pareció dudar, y con el extremo de su raqueta empujó el billete hacia el *croupier*, diciendo:

— Al rojo.

Esta vez salió el negro. La baronesa recogió su abanico, su bolsa vacía y se levantó. En el movimiento que su partida produjo, y mientras procuraba salir del grupo para saludar á la atrevida jugadora, Corancey notó que había perdido á su acompañante.

— No hay nadie más desdichado que este inocente — pensó mientras esperaba á la señora de Carlsberg.

Si su vanidad por hablar con la esposa morganática de un archiduque de Austria no le hubiese, durante algunos momentos, absorbido por entero, hubiera podido notar que su compañero, después de acercarse al comprador de la alhaja, sacaba una cartera de su bolsillo, y de la cartera, dos billetes de Banco, que entregó al usurero á cambio del mismo objeto que momentos antes pertenecía á la baronesa Ely. El prestamista acababa de revendérselo al enamorado joven por el doble de la suma que le costó. ¡Así comienzan las grandes casas!